



José Luis León Manríquez (coord.), *Historia mínima de Corea*, México, Centro de Estudios de Asia y África-El Colegio de México, 2009, 263 pp.

No obstante su reducido tamaño, actualmente existen muchos factores que colocan a la península coreana en la mira constante de los medios de comunicación internacionales. En un primer inventario de los motivos de interés por Corea resalta la existencia de los sistemas políticos antagónicos, que constituyen un permanente recordatorio de la Guerra Fría, los desafíos que los programas nucleares de Corea del Norte representan para la seguridad regional e internacional, la delicada ubicación geográfica de la península entre las grandes potencias del nordeste de Asia y las lecciones del veloz desarrollo económico de Corea del Sur. A pesar del interés *in crescendo* por Corea, las fuentes de información en español suelen circunscribirse a breves notas de las agencias internacionales de noticias o bien a artículos de opinión, muchas veces firmados por articulistas con dudosas credenciales para abordar con objetividad una realidad tan compleja.

En este contexto, la existencia de una obra que explicara la situación actual de la península resultaba imprescindible para el público de los países de habla hispana. Al proponer nuevas perspectivas para los conocedores del tema y constituir una apropiada introducción para los interesados en él, *Historia mínima de Corea* viene a llenar un gran vacío de fuentes con-

fiables. Este libro forma parte de la serie de historias mínimas publicada por El Colegio de México; la intención de este esfuerzo editorial es sacar a luz textos que, no obstante su brevedad, ofrezcan al lector una visión panorámica de la evolución histórica de distintos países. A tono con este proyecto, los textos que componen esta obra se reúnen en escasas 263 páginas, pero no por ello su contenido resulta menos serio.

A través de sus páginas, el lector puede observar el dominio que sus autores tienen del tema, como estudiosos de la región Asia-Pacífico. José Luis León Manríquez, Silvia Seligson, Alfredo Romero Castilla, Juan Felipe López Aymes y Alejandro Escalona Agüero son los encargados de guiarnos por la larga y fascinante travesía de 5000 años de historia de la península coreana. Difícilmente podrían encontrarse académicos más reconocidos en su campo que los responsables de la elaboración de esta historia mínima.

La obra comienza con los orígenes del pueblo coreano —una historia común hasta 1945— y culmina con un panorama actual de las dos partes de la península coreana, que han tenido desarrollos históricos diferentes desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Consta de cinco capítulos desarrollados en orden cronológico; los primeros dos hacen énfasis en aspectos arqueológicos, culturales y religiosos que ayudan a entender las tres siguientes secciones, enfocadas principalmente a cuestiones políticas, económicas y de seguridad, de los siglos xx y xxi.

En la introducción, José Luis León Manríquez, coordinador de la obra, considera que, a pesar de ser un territorio pequeño, la península coreana tiene una importancia regional y mundial inversamente proporcional a su tamaño. Asimismo, sostiene que, desde distintos ángulos, es un campo de estudio muy interesante para historiadores, economistas, politólogos, internacionalistas y antropólogos, entre otros científicos sociales; en pocas

palabras, para León Manríquez, Corea constituye un auténtico laboratorio para las ciencias sociales.

Este laboratorio se expresa de distintas maneras: en lo cultural, Corea muestra características propias respecto a China y Japón, sus dos grandes vecinos; desde el punto de vista religioso, coexisten el *musok* o chamanismo coreano, el budismo, el confucianismo, el cristianismo y hasta una versión cuasi religiosa del marxismo, presente en Corea del Norte. En el plano económico, hay abundantes evidencias para realizar estudios de la génesis, la evolución y los resultados de distintos modelos y estrategias de desarrollo económicos enarbolados por la República de Corea y la República Popular Democrática de Corea, dos Estados en una misma nación cultural. En el ámbito político se presenta una diversidad empírica que permite poner a prueba el alcance de distintas teorías sobre el Estado, el gobierno y el poder.

En el primer capítulo, “Desde los orígenes hasta fines del siglo XIV d. C.”, Silvia Seligson analiza a detalle los orígenes de la sociedad coreana, el comienzo de su formación cultural y sociopolítica desde la época prehistórica y protohistórica. Para reconstruir la historia de ese periodo, Seligson recurre a vestigios arqueológicos, así como a esporádicas alusiones a Corea en textos chinos antiguos. A partir de allí se estudian los Estados tempranos en la región, que con el tiempo se transformarían en los Tres Reinos. Éstos, a su vez, se unificaron bajo uno solo, el reino de Shilla, donde nacieron los mitos fundadores de la nación coreana. Entre éstos, en particular el de Tangun ha desempeñado un papel recurrente en el desarrollo de la conciencia nacional, el orgullo y la confianza en el resurgimiento de Corea. A partir del reino de Shilla (siglos IV al X d. C.) se formaron y afianzaron gobiernos dinásticos; luego, con la dinastía Koryo (918-1392 d. C.) se consolidó un Estado fuerte con características propias y un sistema político más elaborado y

complejo; sin embargo, el tiempo, las invasiones extranjeras y las contradicciones internas, representadas en la incapacidad de reformarse ante nuevos contextos, conllevaron al debilitamiento de Koryo y al surgimiento de la dinastía Choson.

Alfredo Romero Castilla, en “De Choson a Chosen: unión y fractura de la nación coreana”, describe ampliamente la dinastía Choson (1392-1910), en la que ocurrieron procesos políticos y sociales que sentarían las bases del devenir histórico posterior. En ese periodo se creó un Estado burocrático-intelectual de carácter confuciano, con una estructura social jerárquica que emulaba al sistema tradicional chino; de hecho, Choson era un Estado tributario de China, aunque conservaba su autonomía. Entre otros sucesos relevantes, durante Choson, Seúl pasó a ser el centro político, económico y cultural de Corea, mientras el rey Sejon inventó el *hangul*, sistema de escritura único que afirmó la independencia cultural del país y que continúa vigente hasta nuestros días. En la creación de esta escritura subyacía un genuino interés por que la cultura fuese asequible a todos los sectores de la sociedad.

De acuerdo con Romero Castilla, la longeva dinastía Choson se fue debilitando a causa de la crisis de las instituciones tradicionales, precipitada a su vez por las luchas entre facciones políticas y la creciente corrupción gubernamental. Además, la estratégica ubicación del reino —situado en el cruce de caminos entre China, Japón y Rusia— lo hizo objeto de diversas ambiciones expansionistas. La suma de estos factores precipitó, a fines del siglo XIX y principios del XX, la pérdida de la independencia política de Choson, lo que devino oficial en noviembre de 1905 cuando, por medio de un tratado de anexión, el reino se convirtió en protectorado japonés. Para el 29 de agosto de 1910 Choson era ya una colonia de Japón, que en adelante se llamaría Chosen —su nombre japonés—, estatus que mantendría hasta 1945.

La resistencia coreana ante la ocupación japonesa no se hizo esperar. Sin embargo, el movimiento nacionalista se distinguió por estar dividido en dos facciones, una de izquierda y otra de derecha, lo que a fin de cuentas impidió la formación de un frente nacional unificado. Por ello, Romero Castilla considera que la liberación de Corea del dominio japonés, en 1945, no fue tanto obra de las fuerzas nacionalistas coreanas, sino de las estrategias de Estados Unidos y la Unión Soviética, que delimitaron dos zonas de ocupación militar en el territorio peninsular. El autor concluye que la nueva correlación de fuerzas internacionales, aunada al clima de confusión social generado por la salida de los japoneses, sentó las condiciones para la división política y territorial de la península, así como para el enfrentamiento ideológico que aún perdura.

En “El rompecabezas coreano de la posguerra: legado colonial, liberación, división y guerra (1945-1953)”, Juan Felipe López Aymes, Alfredo Romero Castilla, José Luis León Manríquez y Alejandro Escalona Agüero explican el complejo periodo que se extiende desde el fin de la colonia japonesa hasta 1953, año en que terminó la Guerra de Corea. En la búsqueda de los fragmentos de ese rompecabezas histórico, los autores toman en cuenta factores internos e internacionales que explican la dinámica del periodo y elaboran un recuento de las causas y principales incidencias de la Guerra de Corea.

Con base en el balance de los diferentes factores, si bien los autores reconocen que la intervención de las potencias fue un factor central, también se aduce que en este conflicto se condensaron fuertes contradicciones, ya existentes en el seno de la nación coreana. De este modo, la Guerra de Corea no sólo instituyó dos Estados con regímenes antagónicos, sino también quebrantó la unidad nacional de casi mil quinientos años. Tal hecho es calificado de lamentable, aunque también reconocen que, pese a la relativa homogeneidad étnica de Corea, su his-

toria no ha estado exenta de otros periodos de fragmentación política y social.

En el penúltimo capítulo, “Corea del Sur”, escrito de manera conjunta por León Manríquez y López Aymes, los autores analizan el desarrollo económico de la parte sur de la península desde 1953. Corea del Sur logró insertarse de manera exitosa en el sistema productivo internacional, al grado de convertirse en una de las principales economías del mundo. Desde la perspectiva de la economía política, los autores exponen los contornos de la economía surcoreana de la posguerra, analizan el auge y la caída del régimen de Syngman Rhee y relatan el notable cambio económico bajo el régimen burocrático-autoritario de Park Chung-Hee, quien, a través de un Estado desarrollista, logró el rápido tránsito de una economía agrícola hacia una economía industrial basada en la exportación de manufacturas de creciente complejidad. Igualmente los autores estudian los procesos de liberalización económica, la prolongada transición democrática iniciada en los años ochenta, la crisis de 1997 y sus secuelas, así como el triunfo del tenaz opositor Kim Dae-Jung en este mismo año. El capítulo cierra con un análisis de los retos de la consolidación democrática y las reformas económicas llevadas a cabo en los periodos presidenciales de Roh Moo-Hyun (2003-2008) y Lee Myung-Bak (2008).

En forma paralela al capítulo anterior, en “Corea del Norte”, Escalona Agüero propone realizar una aproximación a la realidad del llamado “Reino Ermitaño”, nombre con el que coloquialmente se conoce a la República Popular Democrática de Corea. El autor aporta elementos históricos que ayudan a comprender el enigmático país y explica en detalle los pilares en los que se sostiene su estructura política: el Partido de los Trabajadores Coreanos, el Ejército Popular de Corea y el liderazgo personal, primero de Kim Il-Sung y después de Kim Jong-Il. El Reino Ermitaño, explica Escalona, tiene la particularidad de ser el

primer Estado comunista de sucesión dinástica, sustentado en la influencia del marxismo, el maoísmo y rasgos culturales propios. Todo ello converge en la doctrina Juche, cuyo propósito es consolidar un sistema político autónomo, una economía autárquica y una independencia frente al exterior.

Por último se analiza la situación actual, en la que la República Popular Democrática de Corea se ha visto amenazada por elementos internos y externos; se mencionan las características de la política bajo el liderazgo de Kim Jong-Il, la crisis económica prolongada, resultado de factores naturales (como sequías e inundaciones) y políticos (como la desaparición del campo socialista), y la proliferación nuclear como instrumento de negociación para asegurar la supervivencia del régimen. También se analizan sus relaciones con Estados Unidos y las negociaciones a seis bandas, así como la evolución de las relaciones intercoreanas. El capítulo cierra con una serie de reflexiones sobre el futuro de las reformas económicas y el sistema político de Corea del Norte.

Si bien la *Historia mínima de Corea* posee algunos puntos débiles, sus fortalezas son mayores. Entre éstas, no sólo destaca su condición de obra pionera sobre la historia de Corea, escrita por latinoamericanos. Más allá de esta virtud, este libro pone a disposición del lector elementos y datos duros para construir juicios valorativos sobre los sucesos actuales en la península coreana. Además, abarca aspectos trascendentales del desarrollo de la nación coreana y el nacimiento de dos países antagónicos en la península. Las perspectivas antropológicas, políticas y económicas, interpretadas en clave histórica, dotan al libro de una gran riqueza interdisciplinaria.

En cuanto a sus debilidades, considero que la obra carece de un último capítulo enfocado a la reunificación coreana, tema vigente desde que la península fue dividida en dos zonas de ocupación y posteriormente en dos países. Aun cuando los últi-

mos capítulos abordan tangencialmente la reunificación, no se le dedica atención como un tema central; tampoco se detallan a profundidad las iniciativas de reunificación de 1972 y 1991, porque el énfasis se pone en el proceso de negociación iniciado en 1998 al calor de la política surcoreana de “brillo de sol” (*sunshine policy*).

Para concluir, y desde la perspectiva de los estudios coreanos, considero que este libro puede constituir un mentor para un conocimiento más profundo de ambos países asiáticos, ya que permite entender la complejidad y las raíces de ciertos pasajes históricos que a lo largo del tiempo han formado a la actual península de Corea. El seguimiento de la historia coreana es apasionante y necesario, porque muchos desafíos contemporáneos en el noreste asiático se vinculan con el pretérito de la península.

Cintli Ayesa Cárdenas Barajas